

EL DOS DE MAYO



Tendría más o menos siete u ocho años y recuerdo una conversación mantenida con mi amigo de la infancia, y vecino, Julio. El vivía en el nº 19 y yo en el 21 de la calle del Divino Pastor. La parte trasera de nuestra manzana da a la plaza del **Dos de Mayo** y en ella estábamos, sentados en el suelo, ante el Arco de Monteleón :



Julio: Miguel Ángel, ¿tu sabes para que sirve esta casa con una puerta tan grande pero sin puerta?, porque tiene tejado.

M.A.: No se, quizás vivían aquí las estatuas de las espadas que están delante.

J.: ¿Quiénes serán?

M.A.: No lo sé. Solo sé que se llaman Daoiz y Velarde.

J.: Igual que esas dos calles.

M.A.: Sí.

J.: Es muy raro, casi todas las calles, por aquí, tienen nombres de Santos. ¡Fíjate!: Divino Pastor, San Andrés, San Bernardo, San Vicente, San Dimas, Espíritu Santo..., pero hay otras con nombres muy raros, como esas dos, y Monteleón, y Ruiz, y Malasaña...

M.A.: Mi padre me dijo un día que aquí hubo una guerra y que por eso pusieron esos nombres a estas calles.

J.: ¿Una guerra? y ¿Quiénes se pegaron?

M.A.: La gente del barrio con unos franceses.

J.: ¿De Francia? y ¿Qué hacían aquí?

M.A.: Ni idea. Te echo un clavo.

J.: Vale.

Transcurridos unos años, durante las fiestas que se celebraban en el barrio, recordábamos ambos esta conversación en la misma, aunque cambiada, plaza del **Dos de Mayo**

Ya conocíamos perfectamente la historia: La guerra de la Independencia contra los Ejércitos franceses de Napoleón, quienes fueron el Rey Carlos IV, la Reina Maria Luisa de Parma, el Rey Fernando VII, el Infante Don Antonio, el Infante Francisco de Paula, Manuel de Godoy y Álvarez de Faria, Pepita Tudo, Francisco de Goya y Lucientes, Pedro de Alcántara Duque del Infantado, José de Carvajal Conde de San Carlos, el clérigo Escoiquiz, Napoleón Bonaparte, el General Murat y su Escuadrón de Granaderos de la Guardia Imperial, el Jefe de Escuadrón Lagrange, el Capitán General Francisco Javier Negrete, el General Lefranc, los Mamelucos, los Dragones de la Emperatriz, los Polacos, José Bonaparte, el Teniente Coronel Rodrigo López de Ayala, el Capitán Luís **Daoiz** y Torres, el Capitán Pedro **Velarde** Santillán, el Teniente Jacinto **Ruiz** de Mendoza, el Teniente del Cuerpo de Artillería D. Rafael Arango, el General Arthur Wellesley (Duque de Wellington y Duque de Ciudad Rodrigo), el Cuartel de Artillería Parque de **Monteleón**, la Montaña de Príncipe Pío, las paisanas Clara del Rey y Manuela **Malasaña** (Clara si fue una heroína, Manuela fue una sencilla costurera a quien dos soldados de las tropas francesas la detuvieron al salir del trabajo con unas tijeras de costura, causa suficiente para ser fusilada poco después de su detención), los Alcaldes de Móstoles Andrés Torrejón y Simón Hernández y el Secretario del Almirantazgo Juan Pérez Villamil.

Charlamos un rato sobre nuestros recuerdos y nos tomamos unas cervezas en uno de los muchos bares que ya había en la zona

Recuerdos de mi niñez en mi barrio de Malasaña.

Un Viernes, 22 de Octubre de 1943, nací en Madrid. Me parió mi madre sin otra ayuda que alguna vecina, en un segundo piso, donde vivía, del número 21 de la calle Divino Pastor, junto a la plaza del **Dos de Mayo**, en pleno barrio de Chamberí, hoy conocido popularmente como barrio de Malasaña y antes de Maravillas (supongo que debido a que en el esta la Iglesia de Ntra. Sra. De Las Maravillas y de los Santos Justo y Pastor, aunque siga perteneciendo al mismo Distrito Municipal.

La verdad es que fue un año anodino, salvo que perteneció a la época de los bien llamados años del hambre y del estraperlo, cuando la comida, fundamentalmente, solo se podía obtener por procedimientos clandestinos y con sobreprecio, pues, generalmente a las familias no les llegaba para cubrir sus necesidades con lo que podían obtener usando su Cartilla de Racionamiento... pero eso es otra historia.

Por lógica me resulta prácticamente imposible ubicar en el tiempo exacto mis primeros recuerdos, pero lo intentaré empezando con aquellos que fueron los que dieron forma cotidiana a los primeros años de mi vida.

Recuerdo mi calle de Divino Pastor, la Iglesia de Las Maravillas y la plaza del **Dos de Mayo**, con las campanas tocando a muerto cada día, la trompeta del basurero que venía en su carro, dejándolo aparcado cerca de mi casa, con delantal de tela de saco, y donde bajaba los cubos de la basura y los vaciaba de un golpe seco en el borde del carro.

O el silbato del cartero que desde el pozo de la escalera decía a voz en grito los nombres de los sobres que portaba.

Tampoco debo olvidar a dos extinguidos personajes: el farolero que iba encendiendo con una llama al final de una vara, las farolas, cuando estas eran de gas, y que, al salir el sol las apagaba con un sombrerito que llevaba al final de la vara y luego también cerraba la llave. El otro personaje, al que aludía antes, fue el sereno, personaje imprescindible en la época que se tenían que cerrar los portales a una hora determinada, diferente en verano que en invierno, y que al ser las llaves de los portales por lo general, muy grandes y no se podían llevar en el bolsillo, y además tenían todas las de su zona, las llevaban colgadas de un cinturón, y acudían al oír unas palmadas, y se les daba una propina por su servicio, ya que era de lo que vivían, pues no eran funcionarios municipales. Todos estos personajes que he citado, en Navidad, pasaban por las casas con unas tarjetitas, felicitando las Pascuas, en espera de un aguinaldo, bien en especie o en dinero, incluyendo también, entre ellos, a los barrenderos municipales.

Siguiendo con las añoranzas y recuerdos, me viene a la memoria un personaje popular que en su tiempo tuvo gran aceptación : los barquilleros.

De siempre, en el Paseo del Pintor Rosales, donde nos llevaban mis padres a mi hermano y a mí, paseo donde jugaban los niños, había una serie de personas que, sentaditas en su silla y con un cesto lleno de chucherías eran la atención de padres e hijos. Pues bien, allí, así como en el Parque del Retiro, fundamentalmente, estaban los barquilleros. Los primeros que conocí llevaban un blusón negro hasta las rodillas que más tarde desapareció, se ponían de pie frente a su barquillera, repleta de barquillos, galletas y ostiones. Los barquillos eran unos troncos de cono de unos diez centímetros de largo y de 1,5 a 2 de anchura, para que se pudieran meter, en parte, los unos en los otros. Eran de una pasta fina y delicada. Las galletas eran cuadradas y de pasta de oblea, como el ostión que era un círculo de 30 a 40 cm. de diámetro, estos últimos, supongo se seguirán vendiendo, pero los barquillos llegó un momento en que prácticamente desaparecieron, como los barquilleros. La barquillera era un cilindro metálico, rojo, de un metro de altura y de un diámetro de medio metro aproximadamente. La parte superior estaba compuesta por una especie de ruleta con un eje giratorio terminado en una lengüeta de cuero que resbalaba por una serie de bastoncitos que marcaban unos números delante y detrás de ellos. Se pagaba una cantidad, como diez céntimos que te daba derecho a tirar tres veces y la suma de las cantidades marcadas en la parte de fuera, eran los barquillos que habías ganado. Excuso decir que había un número alto, pero también había bastantes ceros.

Estos barquilleros, cuando abandonaron su oficio, se transformaron, casi todos en limpiabotas. La profesión de limpiabotas era muy corriente, había bastantes. Siempre vestidos de negro, les veías a los pies de alguna persona sentada en una terraza o en un banco del paseo, disponían de una silla donde se sentaba el cliente y el "limpia" trabajaba sentado en un silletín pequeñísimo.

Los zapatos, esa prenda de vestir símbolo de civilización y adminículo de higiene pública, se deterioran con el uso como todas las cosas fungibles, lo que exige la intervención de personas experimentadas en el oficio de repararlos y remendarlos; esto dio origen a un personaje familiar conocido con el remoquete de "zapatero remendón", últimamente venido a menos como consecuencia de la mecanización introducida por la gran industria del calzado que ha desalojado a los artesanos del ramo.

En Madrid, en la puerta de mi casa, además de una churrera con puesto ambulante, típico desde muchos años atrás, vendía periódicos una vecina nuestra, que vivía de alquiler en una de las buhardillas de nuestra casa, y que los dejaba en el portal para irlos sacando conforme los iba vendiendo. Los periódicos de la época eran La Hoja del Lunes, el Madrid, el Informaciones, el Arriba, el Alcázar, el Pueblo, El Marca y algún otro que no recuerdo, y yo los pegaba un vistazo, aunque de la mayoría de los temas no entendía absolutamente nada.

Y que decir de las castañeras y los globeros, recuerdos, también imborrables.

En la plaza, para las fiestas del **Dos de Mayo** y del tres, día de La Flor, en el que se organizaban carrozas con cruces de flores en busca de no recuerdo que premio, instalaban los tiouvivos, las cadenas, las barcas, que había que moverlas a mano, las ocupaban dos muchachos que de pie empujaban para balancearse estando el dueño avizor para que con un tablón en forma de rampa, al levantarlo rozaba la quilla de la barca, la bajaba de altura o la frenaba del todo, y también los primeros carruseles que eran solamente bicicletas unidas entre sí y que los chavales movíamos con la suma de pedalazos de las bicicletas ocupadas, los tiros de escopeta o de bolas para tirar botes o muñecos en movimiento. Las churrerías, las barracas de comer y beber y las de vender se colocaban en la zona alta de la plaza, alrededor de la parte baja, enclavamiento del Arco de Monteleón y el monumento a Daoiz y Velarde.

Recuerdo a mis amigos de niñez y que nos dejaban salir a jugar a la calle, normalmente a la Plaza del **Dos de Mayo**, poco transitada, y jugábamos a pídola (dola), al peón, al tacón o al clavo, siempre a juegos inocentes y no por ello menos divertidos. Mas cerca, en la puerta de casa, jugábamos al balón, normalmente una pelota de trapo hecha por nosotros mismos. La calle Divino Pastor no tenía mucho tráfico, aunque yo creo que era una situación de todo Madrid con algunas excepciones, de todas formas, cuando venía un coche se le veía aparecer por la calle de Fuencarral y teníamos tiempo de sobra para apartarnos hasta que pasara.

Esto ha querido ser un breve esbozo de recuerdos de la época en que la mayor parte de las casas tenían el retrete y el agua corriente en la escalera, en los corredores interiores, patios, de las celebres corralas, aun hoy existentes en muchas zonas de Madrid, aunque en otras tuviésemos un simple retrete dentro de casa y el aseo corporal debíamos hacerlo en la pila de la cocina o en simples barreños al disponer, al menos, de agua corriente en el interior, por supuesto sin calefacción, desconocida entonces incluso por la clase media - alta, que a lo mas que llegaban era a disponer en el edificio de un ascensor. Recuerdo la cocina, antiguo cuarto de estar, allí se pasaba el día, se comía, se oía la radio y algunas veces, venía el arenero a vender arena para limpiar las chapas de las cocinas, que se limpiaban, creo recordar, con vinagre y arena y frotando con un tapón de corcho hasta dejarla como los chorros del oro. ¡Que tiempos!

No se puede olvidar el avance que significó en nuestras cocinas el denominado infiernillo, que se proveía de petróleo y se le daba fuelle para que cogiera más fuerza el quemador, aunque a veces el pitorro se obstruía y había que valerse de un desatascador, con un trozo de hojalata. Mas tarde llegarían los eléctricos y los de gas, los calentadores de líquidos para leche o café (aunque debería decir achicoria o “recuelos”) y los braseros o estufas eléctricas que ayudaron a hacer más “confortable” nuestra casa. También otros aparatos que nos fueron introduciendo en un mundo más civilizado, como un simple ventilador, las planchas eléctricas o las batidoras.

Por cierto, la radio. Finalizada la contienda civil, las emisoras de Radio pasaron a ser propiedad del Estado legal y formalmente. Unas se gestionaban directamente desde el Gobierno y otras se cedieron a empresas privadas en régimen de concesión administrativa. Entre otras, comenzó a emitir Radio Madrid, la más escuchada en mi casa.

No hace falta decir que estas concesiones se hacían a personas o entidades afines al nuevo régimen político que ejercería una férrea censura sobre todas las emisoras.

La información se reservó para Radio Nacional de España con la que conectaban obligatoriamente el resto de estaciones dos veces al día, una a las dos de la tarde y otra a las diez de la noche, para retransmitir el Diario Hablado que se conocía popularmente como el "Parte".

Al finalizar el "Parte" o "Diario Hablado de Radio Nacional de España" los locutores debían decir: ¡Gloriosos caídos por Dios y por España! ¡Presentes! ¡Viva Franco! ¡Arriba España!.

En 1977 desapareció este monopolio informativo de Radio Nacional de España.

Yo, afortunadamente, no entendía nada sobre lo que se hablaba, pero en mi casa era sagrado y obligatorio escucharlo, sobre todo el nocturno, sin que tampoco entendiera las razones hasta años después.

Un tío mío llamado Nestor tenía alquilada una habitación con derecho a cocina en la calle de la Madera, junto al colegio al que yo iba. Aun recuerdo la radio de galena que tenía instalada en su mesilla de noche, utilizando el cabecero de la cama como ¿toma de tierra?, y la antena, un cable enrollado en forma de muelle y extendido por una de las paredes pegado al techo.

A mí, a través de un pequeño altavoz, hecho que me resultaba un auténtico misterio por muchas explicaciones que él me daba, me dejaba escuchar Radio Madrid, pero años después me comentó que por las noches él escuchaba Radio Pirenaica.

Me eduqué en dos colegios: la Institución Libre de Enseñanza (dos años, desde los cuatro a los seis años, tiempo en el que ni siquiera aprendí a leer), en un colegio de la calle de la Madera, próximo a mi casa, y en Los Padres Escolapios de San Antonio Abad, San Antón, (diez años, desde poco antes de cumplir los siete hasta los dieciséis).

A principios de 1950 yo iba al colegio de la calle de la Madera. Ya no me acompañaba nadie para ir y volver. Mi recorrido era atravesar la plaza del **Dos de Mayo**, subir por la Calle de San Andrés hasta la calle del Espíritu Santo, girar por esta a la izquierda y la segunda a la derecha es la calle de la Madera.

Todo este recorrido, comenzando en San Andrés, pasada la calle de la Palma, continuando hasta el final de Espíritu Santo, esta calle incluida, su perpendicular calle

Corredera Alta de San Pablo, hasta la plaza de San Ildefonso, donde había un Mercado Municipal, y algunas más de las calles adyacentes, estaba diariamente, excepto los domingos, ocupado en sus dos aceras por cientos de puestos, tipo mercadillo, pero fundamentalmente de frutas y verduras.

Todo ello giraba alrededor del Mercado de San Ildefonso.

Construido en 1835, era de estilo modernista, de una sola planta. Un año antes, a su alrededor en las calles de Corredera Alta de San Pablo y del Espíritu Santo, en ambas aceras, surgieron esa multitud de pequeños puestos ambulantes, que vendían sus mercancías diariamente, al aprobar el Ayuntamiento el libre comercio de los objetos del comer, beber y arder.

Una multitud de amas de casa, por las mañanas, recorrían las calles seleccionando sus naturales avituallamientos, generalmente frutas, verduras, pollos, huevos y condimentos.

La comida principal, la del mediodía, estaba compuesta por el famoso cocido madrileño, para eso las compradoras tenían sus establecimientos habituales, eran las denominadas "tiendas de ultramarinos", también existentes en ambas calles, se llamaban así por que en sus orígenes expendían productos provenientes de mas allá de los mares. En ellas las sufridas amas de casa compraban los ingredientes necesarios que eran los garbanzos, las patatas, el repollo, chorizo, huesos de jamón, morcilla y añadían, mediante la fritura de unas bolas de miga de pan con huevo y perejil, el conocido relleno o matahambre.

Para el resto de avío de las comidas se las arreglaban comprando en los puestos de la calle o en el mercado.

En él se encontraban las pescaderías, con sus dependientas gritando fuertemente su "pescado fresco".

En las calles, además de los vendedores se hallaban los tipos más peculiares que la mente humana pudo crear, desde los pobres mendigando una limosna, hasta la mujer que sorteaba mediante una baraja de cartas unos litros de aceite, unas conservas, unos pollos o un cordero.

Al mismo tiempo, algún ladrón aprovechaba el regateo entre clientas y vendedoras para limpiar el bolsillo a las primeras.

Los golfillos robaban alguna pieza de fruta. La propietaria del puesto salía corriendo tras de él. Comenzaba la persecución y el escándalo habitual. Eran también conocidas las discusiones que alguna vez llegaban a ser peleas entre las verduleras o fruteras por algún cliente que una había disputado a la otra, tirándose de los pelos.

El ambiente, rodeado de todos los olores imaginables, las moscas y avispas, recordaba al que durante la Edad Media debió presidir las ferias y mercados que semanalmente se organizaban en todos los pueblos importantes de España.

Si bello era el panorama del mercado y sus calles aledañas en todo tiempo, era sobresaliente en el verano.

Los colores y olores de las frutas inundaban todo el barrio. Las frutas y verduras eran traídas diariamente desde las huertas de los pueblos próximos.

La variedad de ellas era tal que se podían distinguir, por ejemplo, entre las uvas las de albillo, las moscatel de Huelva o de Roma, las garnachas, las tintas o negras, etc..

A finales de los años 60 y con la construcción del Mercado de Barceló se prohibió la venta ambulante y se destruyó el antiguo mercado de San Ildefonso, perdiéndose con ello una de las estampas típicas de mi infancia.

Fue mi último curso en el colegio de la calle de la Madera, del que salí ese año, sin apenas saber leer ni escribir, para ir a partir de Octubre al de San Antón.

Entonces cambié mi recorrido, San Antón estaba en la calle de Farmacia, y subía por Divino Pastor hasta Fuencarral, doblaba a la derecha y caminaba dicha calle. En el camino podía admirar la portada churrigueresca del Antiguo Hospicio hoy Museo Municipal.

Entré en San Antón, y mi comportamiento, excepto en cuanto a los resultados de mis estudios, dejó bastante que desear. Era contestatario, indisciplinado, no cumplía con las rigurosísimas normas de los Escolapios, no respetaba su clausura, tampoco los silencios, el orden en las filas, el cantar o las formas en las Capillas y, a lo largo de los diez años de mi pertenencia al alumnado de San Antón, raro, muy raro, fue el día que, terminadas las horas lectivas, la hora de salida era las seis de la tarde, no permanecía castigado hasta las ocho, si mi castigo era solo hasta primera hora, o hasta las nueve si lo era hasta última hora, sobre todo y fundamentalmente después de iniciar los años del bachiller.

Mi primer curso fue el de “Párvulos” o parvulario, de octubre de 1950 a mayo de 1951, Y guardo un gratisimo recuerdo de mi primer profesor durante ese curso de “parvulillos”: Don José. Vivía cerca de mi casa, en la calle de San Hermenegildo, de él recibí grandes ayudas para mi integración en un colegio totalmente distinto de lo que yo ya conocía, sobre todo por su normativa y severidad, además, de vuelta a su casa, muchas tardes pasaba por mi casa para charlar con mi padre, supongo que sobre mi adaptación y evolución. El cariño entre los dos fue mutuo. Después, dos años de grado “Elemental”, de octubre de 1951 a mayo de 1953 y luego debería haber cursado el “Ingreso de bachillerato”, pero, una vez mas, la voluntad de mi padre se impuso a la lógica, me obligó durante el verano a preparar dicho curso y a examinarme de él en el mes de septiembre de 1953, favor que le concedieron los curas, algunos a los que conocía él o mi tío Manuel, ya sacerdote, que también había estudiado en San Antón, entre ellos el Rector. Aprobé el examen y pocos días después comencé el primer curso de Bachillerato.

Mi padre me venia pagando el cine de los jueves por la tarde, era la única tarde libre de toda la semana sin colegio. Y también me daba algunos céntimos (de peseta) durante la semana, que me gastaba, fundamentalmente en garrafina, palolud (palo de regaliz) o algún caramelo, en las piperas que había en la puerta del colegio o en la plaza del **Dos de Mayo**.

Además me empezó a dar “la paga” de los Domingos : dos reales, equivalentes a 50 céntimos de peseta. Estaba francamente bien para la época, pero... con los compañeros que tenía y con los amigos del barrio, mis “necesidades eran mayores.

Las suplía con lo que sacaba los domingos por la tarde, tirándome al suelo y peleando con el resto de la chavalería en los bautizos en la Iglesia de Maravillas, con lo que nos tiraban los padrinos. Aún recuerdo aquello de “eche usted padrino, no se lo gaste en vino, eche, eche, eche, no se lo gaste en leche...”. Si nos tiraban caramelos había poca lucha, pero si nos tiraba “calderilla” (monedas de 5 y 10 céntimos) la lucha por conseguir algunas monedas era brutal. Los que teníamos pandilla siempre salíamos ganando, aunque había varias, y al final repartíamos “beneficios”. Esto me ayudaba a tener mas disponibilidad durante la semana y en bastantes ocasiones a poder ir al cine esa misma tarde. Mi problema, por llamarlo de algún modo, pues disfrutaba un montón, me llegaba en las semanas que el Real Madrid jugaba en casa, ya que tenía que ir al fútbol con mi padre. Mi madre, con mis hermanos, si hacía buen tiempo, nos esperaba a la salida en un enorme descampado que había frente al estadio, y luego merendábamos en un merendero que estaba enclavado en la calle Raimundo Fernández Villaverde, casi esquina a la Castellana. Hoy día es el polígono de AZCA.

Íbamos y volvíamos, cuando no nos esperaba la familia, en unos autobuses que salían y volvían de y a la Glorieta de Bilbao, escuchando las voces de sus cobradores: ¡al fútbol! ¡al fútbol! o ¡ a Bilbao ¡ ¡ a Bilbao ¡ . Cuando íbamos a los toros lo hacíamos en el metro hasta Ventas.

¡Que tiempos aquellos!

.....